

Silvana Rabinovich (coord.). *De nomadismos y hospitalidades. Comcaac y saharauis*. México, UNAM/INAH, 2019.

Gloria Falcón Martínez

Instituto Nacional de Antropología e Historia  
museoculturasgloria@gmail.com

Huellas ligeras y constantes, hospitalidad, memoria, resistencia... son parte de una constelación de palabras que guiaron a los visitantes en la exhibición museográfica *De nomadismos y hospitalidades. Comcaac y Sharauis*, alojada en el Museo Nacional de las Culturas del Instituto Nacional de Antropología e Historia por varios meses. El catálogo reúne textos y fotografías que fueron parte de la narrativa de esta exposición que permitió tender puentes para empatizar con dos culturas geográficamente distantes, pero sorprendentemente próximas en posturas vitales.

Los comcaac —seris— y los saharauis son culturas del desierto de Sonora y del desierto del Sahara, respectivamente, cuya raíz nómada genera incomprensión entre aquellas otras sociedades sedentarias que consideran que su forma de vida y valores son los únicos legítimos.

A lo largo de los siglos XIX y XX, gran parte de las escuelas antropo-

lógicas describieron a estos grupos como primitivos, atrasados, ignorantes, poco evolucionados o simples. En consonancia con ello, la representación de esas culturas denominadas “no civilizadas” ha sido poco respetuosa en los museos. La narrativa curatorial en los museos etnográficos tiende a presentar a las culturas como curiosidad folclórica, acentuando su exotismo, su espiritualidad y todo aquello que los hace ser tan diferentes —como aseguran algunos— de la cultura dominante, a la cual pertenecen el curador y los visitantes.

No han sido pocas las exposiciones en que, utilizando una retórica didáctica, se describe y explica a los integrantes de las culturas diferentes como si fuesen especímenes, como objetos de estudio y no de interlocución. Un gran acierto en *De nomadismos y hospitalidades* está en el uso de un lenguaje, tanto gráfico como textual, cercano y considerado hacia los

visitantes-lectores no especializados. A su vez, traduce ambas culturas conservando la manera en que quisieron ser nombrados, como grupo o con su nombre propio. También respeta cómo quisieron ser retratados. Así, desde la portada se pueden apreciar dos retratos, uno de doña Ramona Barnett y el otro de Brahim Bahia Ahmeden. La presentación de una imagen al lado de la otra sugiere que las miradas se encuentran, parecen reconocerse, y nos anticipan que la antología de textos e imágenes que tenemos en las manos nos hablarán no solo de ellos, sino de nosotros si estamos verdaderamente dispuestos a mirar.

Tanto los textos como la fotografía son el resultado de años de trabajo de gabinete y en campo del proyecto PAPIIT “Heteronomía de la justicia, nomadismo y hospitalidad en el lenguaje”, del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Investigación que ha llevado a un equipo interdisciplinario a aprender a mirar a partir de poemas —uno fundamental, *El discurso del “Indio”*, de Mahmud Darwich—, de conversaciones cara a cara en las comunidades comcaac y saharauis y de la experimentación en carne propia de las hospitalidades, entre otras experiencias. Silvana Rabinovich, quien encabeza el proyecto, nos invita a formar parte de este juego de miradas.

Es un catálogo profusamente ilustrado, con más de 60 fotografías a color. Las imágenes, capturadas por varios fotógrafos, muestran la relación de las personas con objetos cotidianos y cómo estos están cargados de un significado social que expresa los valores, aspiraciones y prioridades de la cultura. Una fotografía muestra a una joven comcaac cargando a un bebé de meses, está en una cuna portátil hecha de pieles, madera y tela; una especie de cesta invertida protege del sol la cabeza del niño. La joven está a merced de los duros rayos solares, pero su preciosa carga está a salvo, y cuando lo considere seguro la podrá colocar en el piso. A la derecha, a manera de diálogo, otra fotografía nos muestra a un hombre saharauí sentado sirviendo el té. En primer plano, cinco vasos de vidrio; en segundo plano, el hombre sentado sobre la tierra, con las piernas cruzadas, vierte el té desde una altura de medio metro para que produzca espuma. Los objetos en cada caso: una cuna portátil y una tetera y vasos, no son particularmente hermosos o llamativos, no cuentan con decoraciones memorables. No son el tipo de objetos que comúnmente vemos en un museo. ¿Qué tienen en común? ¿Qué nos dicen de ambas culturas? Son objetos que pueden ser acarreados fácilmente, que están pensados para relacionarse con otras personas.

La joven comcaac considera importante transportar a su bebé, que la acompañe, que otras personas lo puedan ver y que puedan acercarse a él. Sería mucho más cómodo dejarlo en una sombra, no cargar, pero ella lo lleva consigo para hablarle, para que otros lo toquen, le hablen, para que sienta la brisa, escuche los sonidos, aprenda a percibir y luego a leer lo que le dice el entorno, para que aprenda de las reciprocidades. Si lo miramos así, la cuna portátil es una herramienta social, es un instrumento valioso porque ayuda a tejer el entramado social, a construir las relaciones.

En la otra fotografía, un juego de vasos y una tetera, que, vistos aisladamente, no muestran la importancia y hondo significado hospitalario que tiene el consumo de té. La imagen con varios vasos nos hace inferir que beber té es algo social, no solitario, que es bebida que se sirve como un don. La forma en que el hombre vierte el té denota cuidado —o al menos habilidad para servirlo desde esa altura—, su mirada está atenta, presente, concentrada, lo que está haciendo es importante. Ese cuidado, esa atención, ese estar presente es parte de lo que regala a aquellos con quienes comparte el té.

Más adelante, en uno de los últimos textos del catálogo, se explica: “Por lo general, el té no es conside-

rado en el Sahara como una simple bebida convencional, sino que constituye una prueba de generosidad saharahui, y una muestra de cordialidad y hospitalidad, puesto que para los saharauis agasajar al invitado implica ofrecerle más té que comida” (Rabinovich 2019: 39).

El catálogo está dividido en cuatro apartados, o colecciones de textos, antecedidos por la cédula de presentación de la exposición, cuyo encabezado es la palabra *bienvenidos*, en español, hassanía y seri. El primero: *Nomadismo*, tiene como epígrafe las palabras de Théodore Monod, tomadas de su libro *Peregrino en el desierto*: “Substraer, substraerse; tomar lo esencial no solo de los objetos sino también de los pensamientos; ese alivio es ya una filosofía”. Es más largo, pero considero que estas pocas palabras ilustran dos características del catálogo: la concurrencia de varias voces —testimonios, poetas filósofos, viajeros o antropólogos— y el cuidado en la selección de prosa tersa y rotunda que orienta al lector para poner atención a los valores de las culturas nómadas al inicio de cada capítulo.

En *Naturaleza y cultura* nos invitamos a reconocer otras formas de ver y relacionarnos con las estrellas, el mar, las nubes, las rocas, arbustos y otros seres. Los comcaac y los saharauis no consideran que deben lu-

char con la naturaleza; la reciprocidad guía las formas de relación con el desierto. Un desierto que ellos saben plétórico de vida y espíritu.

*Justicia del Otro y Hospitalidades y resistencias* son los dos capítulos finales que nos muestran la injusticia, el despojo del territorio, las estrategias de resistencia. También entran en escena los niños, sus juegos, objetos elaborados por ellos que muestran su identidad.

*De nomadismo y hospitalidades* no es un catálogo de exposición ortodoxo, ya que usualmente estos contienen ensayos relativamente eruditos, acompañados de fotografías que privilegian una estética del objeto sin conexión con la vida de las personas. Por eso mismo, este catálogo representa un buen ejemplo de divulgación de la investigación, que en manos de maestros y alumnos de educación básica puede ser una herramienta útil para enseñar que hay muchas formas de ser humano y que los caminos también pueden estar trazados en las estrellas. Constituye además una aportación valiosa a la

curaduría de temas etnográficos, ya que muestra cómo es posible construir, a partir del diálogo, formas respetuosas de representación de culturas en apariencia ajenas y distantes.

### **Gloria Falcón Martínez**

Es licenciada en Antropología Física y maestra en Antropología Social por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Imparte la materia de Museología y Museografía en la licenciatura en arqueología de la ENAH. Trabajó varios años en el Museo Nacional de las Culturas como curadora, subdirectora técnica y subdirectora de catalogación y documentación. Encabezó al equipo que diseñó el Museo del Estanquillo / Colecciones Carlos Monsiváis, museo en el que se desempeñó como directora de exposiciones y colecciones. Ha participado en más de 30 exposiciones museográficas. Actualmente es coordinadora académica del Seminario de Curaduría de Colecciones Etnográficas y editora de la revista *Gaceta de Museos*, del Instituto Nacional de Antropología e Historia.